

La vida está tejida por un hilo continuo de acontecimientos y esperas. «Esperar es una lata» —reza la primera frase del libro—, pero esperar es inevitable; es algo que hacemos constantemente: esperamos a que cese el dolor, a que nos respondan, a que se cumpla una promesa o a que estalle la risa después de un chiste; aguardamos en la consulta del médico, en la cola del supermercado o en la estación de ferrocarril. Los ineludibles momentos de espera nos permiten valorar nuestro pasado pero también configurar el futuro. No hay crecimiento ni auténtico desarrollo sin espera, la recompensa exige siempre cierto retraso, la gratificación inmediata termina por dejarnos insatisfechos. En este ensayo literario, Andrea Köhler recorre pasajes clave de distintas obras del pensamiento y la literatura occidentales para hacernos ver que la espera es, seguramente, la más fundamental de las vivencias humanas. «Sin pretender ser un estudio filosófico de la pausa, este libro se escribe con la esperanza de poder señalar lo gratificante de la lentitud y la espera».

*Para el único, y para la primera
que me hizo esperar*

Prefacio

Esperar es una lata. Y, sin embargo, es lo único que nos hace experimentar el roer del tiempo y sus promesas.

Hay infinitas formas de demora: la que llega con el amor, la visita al médico, la espera en el andén o en el atasco. *Esperamos*: al otro, la primavera, los resultados de la lotería, una oferta, la comida, al adecuado, y a Godot. Esperamos la llegada del cumpleaños, del día festivo, de la suerte, del resultado del partido y del diagnóstico. Una llamada, la llave en la cerradura, el próximo acto o la risa tras el chiste. Esperamos a que cese el dolor, a que nos encuentre el sueño o se aplaque el viento. Holganza, desvarío o aburrimiento: en el apretado calendario de las horas regladas, la espera es el folio en blanco que hay que llenar. Y que, en el mejor de los casos, nos premia con la libertad.

Me encantan las transiciones, los intermedios, ese lapso en el que las cosas aún son inciertas. Amo «la hora azul» que promete la cercanía de la noche, que es en sí vuelco hacia algo mucho mayor que esa mañana que esperamos retorne. El que sabe esperar sabe lo que significa vivir en el condicional. Mas toda espera se convierte en falta si nos quedamos en mera posibilidad; cuando se nos va la vida a cuenta de falsas esperanzas que nos impiden decidir: a eso lo llamamos mantener abiertas las opciones. De tales pecados de omisión trata la literatura, que está sometida a una economía de la atención, cuyos costes y beneficios no se pueden medir por los estándares de nuestras apresuradas y saturadas vidas cotidianas, y que nos anima —como ya se-

ñaló Séneca— a emplear el tiempo de manera significativa y, a poder ser, gratificante.

Esperar es propio de toda evolución, ya sea la gestación o la pubertad, o el acopio y la vacilación durante el acto creativo. «El titubeo antes del nacimiento», lo llamó Franz Kafka. El que espera imagina lo venidero, a menudo contando con la opción del vacío, por lo que la espera es nuestro primer acto cultural. Freud lo llamó la «renuncia al instinto», e inaugura todo hecho simbólico. Por lo general la vida se compone de una sucesión rítmicamente irregular de instantes, además de esos momentos en los que el flujo de lo esperable se detiene y de pronto todo cesa. Pero si tratamos de sacrificar el vaivén de las mareas a una sincronía temporal, las pausas aparecen ante todo como estancamiento y alteración.

Y, sin embargo, en el modo de vida de las sociedades del bienestar occidentales existen islas de lentitud cuidadosamente recuperadas —desde los monumentos conmemorativos a los oasis de los balnearios urbanos— que intentan procurar otro marco temporal a la «acelerada detención» de la posmodernidad. Aunque tales esfuerzos sigan siendo en gran medida artificiales. No hay camino que lleve de regreso al paraíso que nunca fue, pese a las incontables promesas de salvación. Y tampoco la doble vuelta al mundo que a Heinrich von Kleist se le aparecía como liberación de la opresión del tiempo nos ha acercado a la puerta trasera del cielo, como mucho nos aproximaría a una isla cercana a nuestra imagen de lo que puede ser la dicha en la tierra. Sin duda, la pausa más misteriosa de nuestra vida es el sueño, que cada noche nos permite ensayar esa espera de la que algún día no despertaremos.

Este ensayo quiere recordar que no es fácil deshacerse de la ambigüedad propia de nuestra existencia en su característico pulso entre presencia y ausencia. Seguramente es la música la que ha sabido dar una respuesta más concreta para representar este asunto, si bien sus pausas, ritmos y

repeticiones siguen un esquema más preciso que las vicisitudes de nuestra vida ordinaria. En este libro trato de dar eco al ritmo de la espera, con intermedios entre cada capítulo que son interludios de la fantasía. El «yo» que ahí habla es ficticio. Vaya por delante sin embargo la confesión de que la autora pertenece a esa especie dubitativa que se retrasa las más de las veces. Lo que es lo mismo que decir: sin pretender ser un estudio filosófico de la pausa, este libro se escribe con la esperanza de poder señalar lo gratificante de la lentitud y la espera.

Aunque de pasada, se hablará de la esperanza de salvación cristiana, de la espera del Mesías y la realización del paraíso en la tierra, también llamada utopía. Son estas salas de espera cuestiones de fe cuya respuesta los creyentes normalmente creen conocer. La espera de la que aquí se hablará pertenece al espacio de la experiencia personal, y no pretende explicar la paradoja más conocida de nuestro tiempo, la abundancia de la falta de tiempo.

El ser humano es un animal que espera y es capaz de anticipar la muerte. Pero así como la desaparición de los intersticios y el acortamiento de los tiempos de espera intentan excluir cada vez más lo impredecible, también los rituales de despedida se han adaptado a esa actividad incesante que sin duda altera el escenario del morir. En una despedida hay siempre una pequeña muerte, o al menos la posibilidad de no volverse a ver. Pero, desde que la técnica crea esa conexión constante que nos fija al cordón umbilical de la accesibilidad, la mera idea de que un día faltaremos casi se ha perdido.

Y, sin embargo, la espera es un estado en el que el tiempo contiene el aliento para recordar la muerte. No *carpe diem*, sino, *memento mori*.

Preludio

Espero

Durante algún tiempo permanecí tumbada, esperando. ¿A qué? ¿A que el día ante mi ventana adoptase otro color y los ruidos me animasen a emprender la actividad que tocaba? ¿A que el hábito rompiera mi resistencia matutina a cruzar el umbral del día y ser hoy de nuevo un ser humano con dos piernas, con su partida de nacimiento, su oficio y su dirección? ¿Por qué no esperar hasta que pase esta fase de desgana? Y enseguida me pregunto: pero ¿espero a que ocurra algo, o que algo deje de ocurrir? Quizá ambas cosas sean lo mismo: lo que debe cesar solo cesa porque otra cosa lo expulsa. Porque algo nos espera más allá de las siete colinas del tiempo. Y cuanto mayor es el temor con que espero, más me acecha tras la siguiente esquina. El que espera se encuentra en una extraña posición: atado al potro del tiempo, es la propia alfombra roja del Elíseo de la expectativa, la que añora los primeros pasos. Así, esperar es hacerse amigo de la paradoja.

I. UN MIEDO GENUINO

¿Dónde estás? Sobre la ausencia

La fatal identidad del que ama no es otra cosa
que ese «yo soy el que espera».

ROLAND BARTHES

Al principio de su *Habla, memoria*, Vladimir Nabokov describe a un «cronofóbico» que cae presa del pánico al ver por primera vez una película casera con unas escenas de la casa paterna semanas antes de su nacimiento. «Contempló un mundo prácticamente inalterado —la misma casa, la misma gente—, pero comprendió que él no existía allí, y que nadie lloraba su ausencia». También le perturba el saludo de la madre desde el piso de arriba, que se le antoja gesto de despedida. Pero «lo que más le asustó fue la imagen de un cochecito nuevo, plantado en pleno porche, y con el mismo aire de respetabilidad y entrometimiento que un ataúd; hasta el cochecito estaba vacío, como si, en el curso inverso de los acontecimientos, sus mismísimos huesos se hubieran desintegrado».

La cuna se mece sobre el abismo, y si nuestra vida no es más que un fogonazo entre dos negras infinitudes, es cierto que el final que nos aguarda nos resulta más amenazador que ese no-ser-aún anterior. Es como si algo nos esperase en el futuro, algo que en realidad ya ha ocurrido: la —tenga la forma que tenga— nada.

En ese sentido, toda nuestra vida es una espera de algo que cayó en el olvido con el primer grito.

WARTEN, «esperar» en alemán, es, según la definición del Diccionario Grimm, un verbo que significaba «mirar a algún lugar, dirigir la atención hacia algo, atender, cuidar, servir a alguien, guardar, perseverar, etc.». También se afirma allí que la expresión *esperar a alguien* no se desarrolla hasta el siglo XVI. Este vistazo al diccionario nos muestra además que las transformaciones de la palabra trazan por sí mismas una historia de la espera. Este «guardar» en el sentido de «servir», va declinando junto con los grandes poderes, y su forma más civilizada se conserva hoy en el bello y anticuado verbo «guarecer». En la acepción vinculada al servicio se ha retirado enteramente al mundo del *catering*. Y, sin embargo, la vigilancia y la custodia permanecen en el «guardés», aunque su oficio represente lo contrario de la espera, puesto que promete presencia.

En alemán el término «esperar», tal como se utiliza hoy, no aparece hasta el final del alto alemán medio; luego, en el siglo XVIII, se le añaden los adverbios que testifican los tormentos de la espera. Desde tiempos de Goethe uno espera «anhelante», «impaciente» y «con dolor».

Quizá por eso no es desacertado que se trate de asir la indefensión que genera la espera con una expresión que alude a lo físico: en la espera *algo duele*. En alguna región corporal algo se agarrota, se crea una corriente como la que se filtra entre dos puertas que, en un descuido, dejamos abiertas. La espera genera temperaturas. Esperamos con el corazón tiritando, o ardiendo de deseo. Pero qué sea eso que duele, calienta el ánimo o nos llena de escarcha, es más difícil de aprehender. Porque la espera es algo imaginario y concreto a la vez: una visión de algo potencialmente real que se oculta.

Si se trata de la persona amada, la espera es afán que crece hasta volverse anhelo, o incluso delirio. Pues en el amor la espera desencadena una dinámica que penetra hasta lo más profundo de la existencia. Evoca la despedida,

una despedida que ya hemos vivido y viviremos. «La cuna se mece sobre el abismo», y el que espera advierte en alguna medida ese abismo. «La fatal identidad del que ama no es más que “yo soy el que espera”», escribe Roland Barthes en *Fragmentos de un discurso amoroso*, ese alfabeto erótico en el que esperar y amar se convierten casi en sinónimos. El que ama no puede permitirse nunca llegar tarde. El anhelo se presenta indefectiblemente. Es hermano del miedo.

«¿Estoy enamorado? Sí, porque espero. Él, el Otro, no espera nunca. A veces quiero jugar a ser el que no espera; intento ocuparme de otras cosas, llegar tarde; pero en ese juego siempre pierdo, haga lo que haga, me encuentro ocioso, llego puntual, o incluso demasiado pronto».

Y así, el que ama muestra su debilidad siendo puntual. Si resulta que el otro también llega tarde, entonces se definen los papeles —al menos para ese instante—: el que espera es el que más ama. La ausencia del otro convierte a aquel que espera en el condenado a quedarse.

«El otro se encuentra en un estado de partida constante, en el estado del viaje; es el que migra, huye, siempre en pos de su determinación; yo, el que ama, soy el sedentario, según mi determinación, inmóvil, disponible, expectante, atado a este lugar, un paquete *olvidado* en un rincón de la estación abandonada». El que espera siempre baraja inconscientemente la posibilidad de ser abandonado. Porque la espera del que ama está vinculada con la escena original de la sobrecogedora ausencia de la madre. Solo un momento separa el tiempo en el que el pequeño considera a la madre ausente del instante en el que la cree muerta. Cada espera de la persona amada toca lejanamente esa experiencia y es memoria subcutánea de ella. Así, sobre la espera pesa la maldición de una amenaza que procede de la infancia.

También nuestras formas de conjurar el miedo emanan de ese tiempo en que la espera era un drama existencial y

están en el origen de toda simbolización. En *Más allá del principio del placer*, Freud describe la famosa escena en la que su nieto, de año y medio, trata de sortear con un juego la ausencia de su amadísima madre. Este niño tiene la costumbre de lanzar lejos todos los objetos que tiene a su alcance, y acompañar este gesto con un largo «o-o-o-o», que la madre interpreta como «fuera». Freud deduce de esto que el nieto utiliza sus juguetes para jugar con ellos al «cucu-trás», abandonando así un papel pasivo y convirtiéndose en el agente que escenifica por sí mismo la desaparición y el retorno de la madre: «El niño tenía un carrito de madera atado a una cuerdecita, y no se le ocurrió jamás llevarlo arrastrando por el suelo, esto es, *jugar al coche*, sino que, teniéndolo sujeto por el extremo de la cuerda, lo arrojaba con gran habilidad por encima de la barandilla de su cuna, forrada de tela, haciéndolo desaparecer detrás de la misma. Lanzaba entonces su significativo “o-o-o-o”, y tiraba luego de la cuerda hasta sacar el carrito de la cuna, saludando su reaparición con un alegre “aquí”».

Este era, pues, el juego completo: desaparición y reaparición.

Estos carretes con los que pretendemos jugar a estar y no estar se encuentran en casi todas las esperas. El que aguarda prepara en su mente un escenario en el que desarrolla el monólogo de la espera. Aquí aparece una vasta paleta de sentimientos; lo que la define es, en la mayoría de los casos, la consistencia y composición de la relación con aquel que nos hace esperar.

Existe una especie de dramaturgia de la espera que suele regirse por un patrón clásico. Una persona a la que apreciamos nos hace esperar. En primer lugar, seguramente pasaremos revista a los posibles motivos: el metro que se retrasa, un asunto impostergable en el trabajo, una tarea imprevista e inevitable. A continuación, puede aparecer el enfado: ¡este, este siempre llega tarde! Después repasaremos los datos: lunes, tres y media, en el Café del Mercado.

¿Nos habremos equivocado? No, estamos en el restaurante indicado, a fin de cuentas, fue aquí donde nos vimos la última vez. Y salir ahora —por ejemplo, para hacer una batida por el restaurante de enfrente— sería peligroso: el otro podría llegar justo en ese momento. El móvil suele poner fin a este proceso, a no ser que vuelva a salir el buzón de voz. De forma que seguimos adentrándonos en el monólogo, que ahora adopta quizá un matiz de pánico: ¿y si le hubiera pasado algo? Con suerte la razón se opondrá, a costa, por otra parte, de que la decepción comience a campar a sus anchas y permita que asome, insidiosa, la sospecha: ¿nos estará tomando el pelo? Al final, sin embargo, suele ganar el miedo: ¿y si no viene nunca más? Mejor será distraerse un poco hasta que llegue y podamos recibirle con un reproche o, mejor aún, con una generosa absolución.

Este monólogo es la continuación del juego del «cucu-trás» que escenificábamos en nuestra infancia con esos pacientes muñecos de trapo que Winnicott, el analista de la infancia, definió como «objetos de transición». El osito de peluche que le enseña al niño a esperar y del que algunos no consiguen desprenderse. Como representante, no de la madre, sino de la esperanza de que esta regrese, el oso habita en un umbral que no es únicamente la frontera entre lo de dentro y lo de afuera, sino que representa la demora, la promesa del retorno. El que espera dispone en su cabeza un escenario para «el discurso de la ausencia», como dice Roland Barthes. El otro está presente, ya que pienso en él; está lejos, porque en la espera estoy conmigo mismo: «De esta peculiar distorsión surge una suerte de presente insoportable. Estoy encallado entre dos formas temporales, el tiempo de la referencia y el de la apelación: tú estás lejos (de eso me lamento), estás ahí (puesto que a ti me dirijo). De forma que sé lo que es el presente, ese difícil modo verbal: un genuino pedazo de miedo».

Entonces, ¿esperar sería seguir dándole vueltas a la escena original del abandono, una interminable dilación de la

separación que siempre fue? *Yo aquí, tú ahí*. Atado al potro de la incertidumbre, el que espera experimenta a cada segundo que está en manos del tiempo. Merma instante a instante. Va encogiéndose a medida que espera hasta formar un único punto candente: ¡nunca más!

El silencio de las sirenas

Al ver que no sonaba el teléfono,
supe de inmediato que eras tú.

DOROTHY PARKER

Antes de que se inventase el teléfono móvil, esperar una llamada era el epítome del amor, y casi siempre del no correspondido. La literatura se ha hecho eco de este motivo desde los inicios de la comunicación a distancia. Pues la espera es lo imaginario del amor, y el anhelo, la esencia de la imaginación. Desde la obra en un acto de Jean Cocteau *La voz amada*, hasta la novela *Vox* de Nicholson Baker, pasando por la narración de Dieter Wellershoff *La sirena*, el Ulises de hoy se encuentra atado al mástil del teléfono, expuesto a ese «poderoso y triste canto» que ya escuchó Kafka en sueños por el auricular.

Ni siquiera el teléfono móvil nos ha librado de la impotencia de la espera. Cierto que hoy el que espera una llamada ya no ha de permanecer junto al aparato rodeándolo con insensatos exorcismos y, sin embargo, el que ansía la señal ausente en el bolsillo sigue pareciéndose a un caballo circense que gira en círculos sin saber por qué. Ha caído presa de esa condena que Kafka llamaba «el silencio de las sirenas» en la parábola del mismo nombre. Y es que las sirenas que con su canto cautivador conducían hacia el abismo a los primeros viajeros que se aventuraban lejos tienen